

Yukio Mishima

La corrupción de un ángel

El mar de la fertilidad (4)



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Tennin Gosui*
Traducción de Guillermo Solana Alonso

Primera edición: 2007
Segunda edición: 2012
Quinta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1971, The Heirs of Yukio Mishima. All rights reserved
© de la traducción: Herederos de Guillermo Solana Alonso
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-6931-1
Depósito legal: B. 3.371-2012
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Capítulo 1
14	Capítulo 2
18	Capítulo 3
38	Capítulo 4
42	Capítulo 5
46	Capítulo 6
49	Capítulo 7
71	Capítulo 8
77	Capítulo 9
84	Capítulo 10
97	Capítulo 11
100	Capítulo 12
107	Capítulo 13
124	Capítulo 14
134	Capítulo 15
136	Capítulo 16
148	Capítulo 17
153	Capítulo 18
165	Capítulo 19
169	Capítulo 20
172	Capítulo 21
178	Capítulo 22

Índice

181	Capítulo 23
189	Capítulo 24
224	Capítulo 25
233	Capítulo 26
261	Capítulo 27
278	Capítulo 28
295	Capítulo 29
300	Capítulo 30

Capítulo 1

Mar afuera, la neblina tornaba negros los barcos lejanos. Aun así el día era más claro que el precedente. Podía distinguir las crestas de la península de Izu. El mar de mayo se hallaba tranquilo. El sol era fuerte, apenas había mechones de nubes y el mar estaba azul.

Contra la orilla rompían diminutas ondas. Pero antes de quebrarse había algo de repelente en los colores de ave nocturna de las panzas de las ondas, como si contuvieran todas las variedades desagradables de algas marinas.

El batir del mar, jornada tras jornada, diaria repetición del batir del mar de leche en la leyenda india. Tal vez el mundo no le permitía reposo. Tal vez algo en el mar conjuraba toda la maldad que había en su naturaleza.

La turgencia del mar de mayo, agitando incansable e inquieto sus reflejos, una miríada de diminutos clavos.

Tres aves parecieron trocarse en una en lo alto del cielo. Luego se separaron en desorden. Había algo maravi-

lloso en aquella unión y en aquella separación. Tenía que significar algo aquel llegar, tan juntas que podían sentir el viento agitado por otras alas; y luego, de nuevo, la distancia azul entre ellas. Tres ideas se fundirán alguna vez en nuestros corazones.

El negro casco de un pequeño mercante, cuya chimeña lucía como emblema una montaña sobre tres líneas horizontales, brindó con su relieve una sensación de grandeza y repentina pujanza.

A las dos de la tarde el sol se envolvió en un tenue capullo de nubes, un gusano blanquecino y brillante.

El horizonte era un acerado arco de azul oscuro que encajaba perfectamente en el mar.

Por un instante, en un solo punto de la orilla, una blanca ola se alzó como un ala blanca y tornó a caer. ¿Qué significaría aquello? Tenía que ser alguna gran señal o quizás una grandiosa fantasía.

Ascendía poco a poco la marea, crecían las olas, la tierra yacía ante el más fuerte de los acosos. El sol se ocultaba tras nubes y el verde del mar cobró tonos sombríos y un tanto coléricos. Una larga línea blanca se extendía por encima, de este a oeste, como una especie de gigantesco triángulo invertido. Parecía liberarse de la llana superficie y, cerca, hacia el vértice, unas líneas en abanico se perdían sombríamente en el mar verde oscuro.

El sol salió de nuevo. Otra vez dio el mar terso cobijo a la blanca luz y a las órdenes de un viento del sudoeste, sombras innumerables, como lomos de leones marinos, se desplazaron hacia el nordeste y el noroeste, manadas inmensas de olas que se alejaban de la costa. La luna lejana mantenía un férreo dominio de la marea.

Nubes aborregadas cubrieron la mitad del cielo y su línea superior cercenó quedamente el sol.

Dos pesqueros se hicieron a la mar. Más allá navegaba un mercante. El viento cobró más fuerza. Del oeste llegó un pesquero como si hubiera de señalar el comienzo de una ceremonia. Era una humilde embarcación; pero, sin ruedas ni palas, avanzaba con una orgullosa gracia como si barriera la superficie con un vestido de cola.

Hacia las tres los cúmulos se tornaron más livianos. Por el cielo de mediodía las nubes se desplegaron como las timoneras de una blanca tórtola hasta arrojar una profunda sombra por encima del mar.

El mar: un mar sin nombre, el Mediterráneo, el mar del Japón, la bahía de Suruga, aquí ante él; una vasta, in-nominada y absoluta anarquía, captada tras una larga pugna como algo llamado «mar», mas en realidad rechazando ese nombre.

Cuando el cielo se cubrió el mar se sumió en una hosca meditación, tachonado por diminutos puntos de color de un ave nocturna. Se erizó con olas espinosas como la rama de un rosal. En las propias espinas había indicios de tersura. Las espinas del mar eran tersas.

Tres y diez. No había barcos a la vista.

Muy extraño. Todo el vasto espacio se hallaba abandonado.

Ni siquiera alas de gaviotas.

Luego, hacia el poniente, surgió y desapareció un barco espectral.

La península de Izu quedó envuelta en la niebla. Durante algún tiempo dejó de ser la península de Izu. Era el fantasma de una península perdida. Luego desapareció

por completo. Se había tornado una ficción en el mapa. Tanto los barcos como la península pertenecían al «absurdo de la existencia».

Aparecía y desaparecían. ¿En qué diferían?

Si la visibilidad era la suma del ser, entonces, el mar, mientras no se perdiera en la niebla, existía allí. Se hallaba sinceramente presto a la existencia.

Un solo barco trocó todo.

Cambió toda la composición. Desgarrando toda la trama del ser, un barco fue acogido por el horizonte. Se rubricó una abdicación. Todo un universo quedó arrumbado. Un solo barco a la vista para arrojar de allí al universo que había velado su ausencia.

Múltiples cambios en el color del mar, instante tras instante. Cambios en las nubes. Y la aparición de un barco. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué eran aquellos sucesos?

Cada instante les traía unos eventos, más trascendentales que la explosión del Krakatoa. Pero nadie los advirtió. No vale la pena tomar en serio la pérdida de un universo.

Los sucesos son los indicios de una reconstrucción, de una reorganización interminable. El tañido de una lejana campana. Un barco aparece y tañe la campana. En un instante el sonido hace todo suyo. En el mar son incesantes y la campana tañe continuamente.

Un ser.

No es preciso que sea un barco. Para que la campana empiece a tañer basta una sola naranja agria, surgida quién sabe de dónde.

Tres y media de la tarde. Una sola naranja agria manifestó su existencia en la bahía de Suruga.

Oculta tras una ola y apareciendo de nuevo, flotando y hundiéndose como un ojo que parpadeara incesantemente, el brillante puntito anaranjado iba poco a poco hacia oriente, entre las ondas próximas a la orilla.

Tres y treinta y cinco. Por poniente, de la dirección de Nagoya apareció, téticamente, un negro casco.

El sol se hallaba tras las nubes, como un salmón ahumado.

Tôru Yasunaga apartó el ojo del catalejo de treinta aumentos.

Aún no se veía rastro del mercante *Tenrô-maru*, que debía estar en el puerto a las cuatro.

Volvió a su mesa y distraídamente pasó la mirada por los avisos del tráfico portuario de Shimizu.

Arribadas previstas. Navegación no regular. Sábado, 2 de mayo de 1970.

Tenrô-maru, japonés, 16,00. Naviera Taishô. Agente, Suzuichi. Procedente de Yokohama. Fondeadero 4-5, muelle Hinodé.

Capítulo 2

Shigekuni Honda tenía setenta y seis años. Tras la muerte de su esposa Rié solía viajar solo. Elegía lugares de fácil acceso que no le cansaran en demasía.

Había visitado los altos de Nihondaira que dominan el Fuji y al regreso se había detenido junto al pequeño bosque de Mio y contemplado tesoros tales como el paño, probablemente del Asia interior, del que se decía que era un fragmento de la túnica del ángel. Cuando inició el retorno a Shizuoka descubrió que deseaba hallarse solo durante un tiempo en la costa. No importaría gran cosa que perdiera su tren. El viaje de regreso a Tokio le llevaría poco más de una hora.

Detuvo el taxi y ayudándose con un bastón recorrió los cincuenta metros que le separaban de la costa de Komagoé. Cuando contempló el mar se preguntó si ésta sería la playa de Udo, identificada en el siglo XIV por Ichijô Kanera como el lugar exacto en que cayó el ángel. Se

acordó también de la costa de Kamakura en su juventud. Dio la espalda al mar. La playa estaba tranquila. Jugaban los niños y había dos o tres pescadores de caña.

Hasta aquel instante, atento al mar, no se había dado cuenta pero entonces sus ojos repararon en la rústica tonalidad rosácea de un convólvulo bajo el malecón. En la arena, a lo largo del murallón los vientos marinos habían amontonado basura y desperdicios: botellas vacías de Coca-Cola, latas de conserva, botes de pintura, bolsas de plástico no degradable, paquetes de detergente, ladrillos y huesos.

Las heces de la vida en tierra se habían precipitado contra la inmensidad. El mar, inmensidad hasta entonces no encontrada. Las heces, como el hombre, se mostraban incapaces de enfrentarse con su final como no fuese en la más horrible y sucia de las maneras.

Unos pinos dispersos a lo largo del ribazo despedían floraciones como rojas estrellas de mar. A la izquierda, en un retazo del terreno, los rábanos silvestres lucían, ignorados, blancas flores de cuatro pétalos. Pinos pequeños flanqueaban la carretera. Lo demás era tan sólo una enorme extensión de tejados de plástico para proteger los fresales. Bajo una multitud de semiesferas de plástico los fresales arrastraban sus frutos sobre terrados de piedra entre una profusión de hojas. Las moscas corrían por los bordes serrados de las hojas. Hasta donde alcanzaba su mirada llegaban, una contra otra, las semiesferas prefabricadas de un desagradable color blanco, hacinadas. Y entonces Honda reparó en algo que no había visto antes: una estructura que destacaba como una torrecilla entre las semiesferas.

Justo al lado de la carretera comarcal en donde se había detenido el taxi y sobre una plataforma de hormigón desproporcionadamente alta surgía aquella caseta de dos pisos. Resultaba demasiado elevada para garita de vigilancia de los fresales y demasiado humilde para ser una oficina. Tres de sus fachadas estaban casi enteramente ocupadas por ventanales.

Curioso, ascendió hasta lo que parecía ser un patio. Sobre la arena se amontonaban en desorden blancos marcos de ventanas. Fragmentos de cristales reflejaban fielmente las nubes. Alzó los ojos y vio en una ventana lo que parecían ser viseras para las lentes de un catalejo. De la plataforma de hormigón emergían dos grandes tubos de hierro, rojos de herrumbre, que desaparecían después bajo tierra. Con pasos inseguros Honda cruzó los tubos y empezó a subir por un tramo de desgastados pedruzcos de piedra.

Al pie de la escalera de hierro que conducía a la caseta había un cartel resguardado.

Decía en inglés:

ESTACIÓN DE TRANSMISIONES DE TEIKOKU

Y en japonés:

TEIKOKU, COMPAÑÍA DE TRANSMISIONES
Y COMUNICACIONES. DELEGACIÓN DE SHIMIZU.

Aviso de arribadas, partidas y amarres.

Detección y prevención de accidentes en el mar.

Comunicaciones tierra-mar.

Información meteorológica marina.

Recepción y despacho de naves.

Otros servicios relacionados con la navegación.

A Honda le gustó la blanca pintura de las palabras, casi desconchada aquí y allá, con el nombre de la compañía trazado en caracteres antiguos. De la lista de servicios y funciones brotaba con fuerza, incontenible, el aroma del mar.

Miró escalera arriba. Todo estaba en silencio.

Abajo y tras él, hacia el noroeste, más allá de la carretera comarcal y de la ciudad, en donde los molinetes reflejaban la luz sobre las grímpolas que reproducían carpas en los tejados nuevos de azules tejas, se extendía el complejo portuario de Shimizu, un entramado de grúas en tierra y cabrias en los barcos, los blancos silos de las factorías y los negros cascos, el hierro descolorido por los vientos marinos y las chimeneas repintadas, una masa detenida en la costa y la otra llegada de todos los mares. Allí, en la distancia yacía desnudo el mecanismo del puerto, congregado en el lugar prescrito, deslumbrante de parte a parte. Y la serpiente reluciente y desmembrada del mar.

A lo lejos, el Fuji asomaba sobre las colinas. Únicamente era visible la cima como si una peña grande, blanca y aguzada hubiese sido alzada a través de la incertidumbre de las nubes.

Honda se detuvo a mirar.

Capítulo 3

La plataforma de hormigón era un depósito de agua.

Allí se conservaba el agua bombeada de un pozo y que servía para regar los fresales. La Compañía Teikoku de Comunicaciones había advertido las posibilidades de una plataforma tan elevada y alzado la caseta. Resultaba ideal para divisar las naves que por poniente venían de Nagoya o que por oriente llegaban de Yokohama.

Normalmente trabajaban allí cuatro señaleros en turnos de ocho horas. Pero uno de ellos llevaba enfermo largo tiempo y cada uno de los otros tres estaba de servicio veinticuatro horas seguidas. En el primer piso se hallaba el despacho del inspector, que sólo de vez en cuando llegaba de las oficinas instaladas en la zona comercial. Los tres señaleros disponían tan sólo, en el segundo piso, de un cubículo de desnudo suelo y apenas cuatro metros cuadrados, rodeado en tres de sus costados por ventanales.

Junto a una ventana había una mesa desde la que se podía ver en tres direcciones. Cara al sur había un catalejo de treinta aumentos; frente a las instalaciones del puerto por el este había unos prismáticos de quince aumentos y en la esquina del sudeste, para las señales nocturnas, se hallaba un transmisor óptico de un kilovatio. Completaban la instalación dos teléfonos sobre la mesa de la esquina del sudoeste, una estantería, mapas, banderas de señales ordenadas en altas repisas y en la esquina del noroeste una cocina, un armario y un catre. Frente a la ventana del este se alzaba una torre de acero, sustentadora de cables eléctricos. Sus aislantes de porcelana reflejaban el color de las nubes. Los cables descendían hasta la playa, en donde los sostenía una segunda torre. Después giraban hacia el nordeste para llegar a una tercera torre y luego, por la costa sobre torres plateadas cada vez más diminutas, alcanzaban el puerto de Shimizu. Desde este lugar la tercera torre constituía un excelente jalón. Cuando un barco penetraba en el puerto y cruzaba la tercera torre uno sabía que se aproximaba a la dársena 3-G, en donde se hallaban los muelles.

Incluso ahora la identificación se hacía a simple vista. Mientras que los caprichos de consignaciones y corrientes gobernarán los movimientos de las naves, éstas seguirían llegando demasiado pronto o demasiado tarde y no desaparecería un cierto romanticismo de la arribada. Se requerían observaciones más precisas para indicar a los funcionarios de aduanas y de cuarentena y a los estibadores y a los prácticos y a los lavaderos y a los avitualladores cuándo debían disponer sus servicios de recepción. Aún era más necesario contar con un árbitro imparcial que

decidiera quién había de adelantarse cuando dos barcos entraban juntos y competían por el último fondeadero.

Ésa era la tarea de Tôru.

Había aparecido un barco bastante grande. El horizonte estaba ya oscuro y se requerían los ojos de un experto para precisar la identificación de la nave. Tôru se dirigió al catalejo.

En la clara atmósfera de la mitad del verano o del invierno había un instante en que un barco surgía abruptamente en el umbral superior del horizonte. En las neblinas del preludio del verano, semejante llegada significaba una separación gradual del fondo. El horizonte era como una larga, blanca y empapada almohada.

El tamaño de aquel negro mercante parecía el adecuado para el *Tenrô-maru* de 4.780 toneladas y el puente en popa también correspondía con lo que el registro había dicho a Tôru. La estela era blanca y limpia, como el puente. Había tres cabrias amarillentas. ¿Qué significaba aquella marca redonda y roja en las negras chimeneas? Tôru aguzó la vista: el signo de *tai*, «gran», en un círculo rojo. Naviera Taishô, sin duda alguna. Y mientras tanto la nave mantenía una velocidad de doce nudos y medio y amenazaba con escapar del campo visual del catalejo. Era como una mosca cruzando el cristal de una claraboya.

Aún no podía distinguir el nombre. Estaba seguro de que había tres caracteres y presentía que el primero era *ten*, «cielo».

Se volvió a la mesa y llamó por teléfono al agente.

—Oiga. Aquí Comunicaciones Teikoku. Dispóngase para la arribada del *Tenrô-maru*. Está a punto de cruzar la

torre. ¿Carga? –Tôru evocó una imagen de la línea de flotación que dividía a la nave en rojo y negro—. Me parece que mediada. ¿Cuándo estarán los estibadores? ¿A las cinco?

Eso le daría una hora. Había crecido el número de lugares que deberían ser informados.

Tôru se afanó entre la mesa y el catalejo e hizo unas quince llamadas.

La oficina del práctico. El remolcador *Shunyô-maru*. La casa del práctico. Varios abastecedores. La patrulla de servicio en el puerto. Aduanas. La agencia una vez más. La sección administrativa portuaria de la oficina de control. El departamento de estadística para el pesaje de la carga. Las oficinas de la naviera.

–Está llegando el *Tenrô-maru*. Hinodé cuatro-cinco, por favor.

El *Tenrô-maru* se encontraba ya en la tercera torre. Cuando la imagen se desplazó hacia la costa fue distorsionada por las ondas de calor que se alzaban del suelo.

–Atención. El *Tenrô-maru* a la 3-G.

–Atención. Aquí Comunicaciones Teikoku. El *Tenrô-maru* está en la 3-G.

–¿Aduanas? Policía, por favor. El *Tenrô-maru* ha llegado a la 3-G.

–Atención. El *Tenrô-maru* está en la 3-G. Dieciséis quince.

–Atención. El *Tenrô-maru* llegó hace cinco minutos.

Las naves procedentes no del extranjero sino de Nagoya o Yokohama eran más frecuentes al final que al comienzo del mes. Yokohama estaba a ciento quince millas náuticas de allí, nueve horas y media a doce nudos. Tôru

no tenía más obligaciones que la de mantenerse de guardia aproximadamente durante una hora antes de la llegada prevista. Hoy no habría más arribadas salvo la del *Nitchô-maru*, procedente de Keelung, que llegaría a las nueve de la noche.

Tôru siempre se sentía un tanto abatido cuando había concluido una ronda de llamadas. El puerto cobraría súbitamente vida. Él encendería un cigarrillo mientras observaba la agitación desde su remoto aislamiento.

En realidad no debería fumar. El inspector le reprendió una o dos veces cuando advirtió al principio la presencia del cigarrillo en la boca de un muchacho de dieciséis años. Después ya no dijo más. Sin duda había llegado a la conclusión de que lo más provechoso sería hacer como que no se daba cuenta.

El pálido rostro de Tôru, delicadamente esculpido, era como el hielo. No manifestaba emociones, ni afecto ni lágrimas.

Pero él conocía la felicidad de observar. La Naturaleza se lo había dicho. Ningún ojo puede ser más perspicaz y agudo que el ojo que nada tiene que crear, que no tiene más que mirar. El horizonte invisible más allá del cual no podía penetrar el ojo consciente era mucho más remoto que el horizonte visible. Y todo género de entidades surgían en las regiones visibles y accesibles a la conciencia. El mar, las naves, las nubes, las penínsulas, el rayo, el sol, la luna, las miríadas de estrellas. Si ver es una cita entre el ojo y el ser, es decir, entre el ser y el ser, entonces debe ser como las imágenes reflejadas de dos seres. No, se trataba de algo más. De ver más allá del ser, de cobrar alas como un pájaro. Transportaba a Tôru a un reino invisible para

los demás. Allí incluso la belleza poseía unos confines podridos y costrosos. Tenía que haber un mar nunca profanado por el ser, un mar sobre el que jamás aparecieran los barcos. Tenía que haber un reino en donde en el límite de todas las capas diáfanas nada surgiera, nunca un reino de añil sólido y firme en donde la visión se despojara de todas las argollas de la conciencia y se tornara transparente, en donde los fenómenos y la conciencia se disolvieran como el óxido plúmbico en ácido acético.

Para Tôru la felicidad consistía en lanzar sus ojos hasta tales distancias. No existía para él manera más completa de desembarazarse de su ser que la propia visión. Sólo los ojos le brindaban el olvido, menos cuando observa su imagen en un espejo.

¿Y quién era Tôru?

Un muchacho de dieciséis años que se hallaba completamente seguro de no pertenecer a este mundo. Sólo la mitad de él estaba aquí. La otra se hallaba en el reino de añil. No existían en consecuencia leyes ni normas que le gobernasen. Él se limitaba a simular que se hallaba sometido a las leyes de este mundo. ¿Dónde están las leyes a las que ha de someterse un ángel?

La vida era sorprendentemente simple. No le inquietaban la pobreza y las privaciones, las contradicciones de la sociedad y de la política. De vez en cuando permitía que una tibia sonrisa asomara a sus labios pero no había en ella simpatía. Era el último signo de rechazo de la humanidad, una invisible saeta lanzada por el arco de sus labios.

Cuando se cansaba de observar el mar tomaba de la mesa un espejo de mano y se miraba. En aquella cara pálida y bien conformada había unos bellos ojos, siempre

rebosantes de la medianoche. Las cejas eran finas pero orgullosas, los labios tersos y firmes. Pero los ojos eran el rasgo más bello. Resultaba irónico que sus ojos fuesen la parte más bella de su ser físico, que fuera el más bello el órgano que determinara su propia belleza.

Las pestañas eran largas y la mirada, profundamente cruel, parecía al principio perdida en una ensoñación.

Este huérfano, uno de los elegidos, diferente de los demás hombres, sentía una confianza completa en su propia pureza, sea cual fuere el mal que pudiese obrar. Su padre, capitán de un mercante, había perecido en el mar y su madre murió poco después. Fue acogido por un tío arruinado. Tras graduarse en la escuela secundaria pasó un año en el centro de adiestramiento de la prefectura, se licenció como señalero de tercera clase y fue contratado por Teikoku Comunicaciones.

Tôru nada sabía de los callos petrificados por los ultrajes de la pobreza, como glóbulos de ámbar endurecido que nace de la savia manada a través de una corteza herida. Su corteza había sido siempre dura. La espesa y dura corteza del desdén.

El placer de ver, en donde todo era patente y conocido, residía tan sólo en el horizonte invisible, mucho más allá del mar. ¿Por qué tenía que ser una sorpresa? Al margen del hecho de que el engaño llegara puntualmente cada mañana a cada puerta, como la leche.

Conocía sus propias facultades hasta en sus más nimios extremos. Su sistema de inspección era impecable. Nada existía inconscientemente en él.

—Si yo llegara a hablar o a obrar, movido por el más mínimo impulso subconsciente, el mundo quedaría inme-

diatamente destruido. El mundo debería agradecerme mi conciencia de mí mismo. En la conciencia nada hay de qué sentirse orgulloso, es sólo una cuestión de dominio.

Tal vez, pensaba a veces, él era una bomba de hidrógeno dotada de conciencia. En cualquier caso estaba claro que no era un ser humano. Tôru era un muchacho meticoloso. Se lavaba las manos infinidad de veces al cabo del día. Constantemente restregadas, aparecían blancas y secas. Ante el mundo pasaba tan sólo por ser un chico limpio y aseado.

Se mostraba indiferente al desorden fuera de sí mismo. Se le antojaba síntoma de enfermedad preocuparse por las arrugas en los pantalones de otro. Los pantalones de los políticos eran un desorden de podredumbre y arrugas. ¿Pero qué importaba eso?

Oyó un ligero golpe en la puerta escaleras abajo. El inspector siempre abría aquella puerta mal encajada como si aplastara una caja de cerillas y ascendía estruendosamente los peldaños. No podía ser él.

Tôru deslizó sus pies en las sandalias y bajó por la escalera de madera. Se dirigió a la forma rosácea en cristal turbio, pero no abrió la puerta.

—Aún es temprano. Puede llegar hasta las seis. Vuelve después de cenar.

—¿Cómo? —Inmóvil por un instante, la forma turbia se alejó.

—Entonces volveré. Tengo muchas cosas de qué hablar.

—Sí, vuelve.

Tôru se colocó tras la oreja el cabo de lápiz que sin razón alguna había llevado consigo y corrió escaleras arriba.